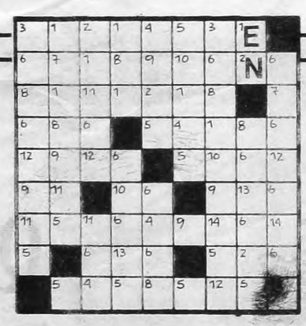
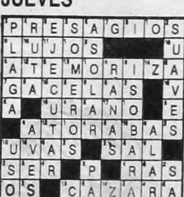
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION JUEVES



DE ALICIA A BRUNO

Página/2/3



Verano/12

DOS MUNDOS

(Por Luis Bruschtein) "Dos vidas esperándote, Federico... dos vidas" y el suspiro hondo de la entrega, murmullos de enamorados. Los chamanes australianos se vestían como las mujeres para oficiar en sus rituales y la lengua filosa del yogui Rabindranath Yashoga sentenciaba que el espíritu del radicalismo —no el racionalismo en sí— tenía que ser mujer. Como si hubiera pensado en Carmen Balseiro.

Seducida en la adolescencia por Federico Engels, el hombre que le explicaba el mundo y penetraba sus dudas en la luz de la razón, polemista implacable de los años '70, arrojaba citas del Antidhüring o la situación de la clase obrera en Inglaterra y se proletarizaba en la textil Manchester de Villa Tesei.

Carmen la Roja, o la zurda, le decían; pura ovarios y feromonas, terror de patronales, burócratas y reformistas. "¿Quién lleva los pantalones en esta empresa?", preguntaba en las asambleas con el pelo renegrido sobre los ojos salvajes. "Nosotras" gritaban sus compañeras de la sala de hilados descargando electricidad en el aire como para mover mil telares.

Llegó el exilio en Brasil, Baixada de Fluminense, barrio de orixás y Xangó, de Ié Manyá y Oxalá que le fueron entrando por la misma naturaleza de su carácter porque si antes creía con fe mágica en el racionalismo, igual ahora se empeñaba en racionalizar la magia.

"Existen dos mundos que se dan la espalda —decía a sus viejos camaradas, ya de vuelta en Buenos Aires, con el mismo tono de Academia de Ciencias de la URSS— el mundo material, donde vivimos, y el irracional, el de los espíritus, que apenas adivinamos." Y los camaradas perdían el aliento, se confundían con el umbanda, el poder de las siete potencias africanas, los ñañigos y santeros.

"La contradicción de los opuestos, el universo material y el espiritual —seguía explicando sin darles tiempo a reaccionar— se resuelve por la imposición de uno de los polos, como sucede ahora, o por la superación de ambos en una síntesis dialéctica, que es el estado de armonía."

El camino hacia la armonía pasaba por la revolución, pero aún así, el partido del proletariado no quiso saber nada con transformar la única ciencia social objetiva en una matemática por el espíritu de Marx o del mismo Engels.

A los pocos amigos de los años '70 que todavía le quedaban cuando se convirtió en mai de un templo umbanda en Florencio Varela, Carmen les habló de su "karmá" y de su soledad porque había un solo hombre que la reclamaba desde el más allá. Les contó sus reencarnaciones anteriores, y sobre todo, de cuando había sido Joanna Seymour, obrera de una fábrica textil de la familia Engels, en Manchester, en 1843; recordó los encuentros furtivos y la pasión desenfrenada que unió a Joanna con el joven Federico.

Carmen decía que su relación con Engels era "karmática", inevitable; que su amor como Joanna había sido intensamente carnal y que como Carmen, lo amaba con el espíritu. Era una mujer con el hombre predestinado, pero con el amor repartido entre dos mundos contrapuestos.

Los jueves, la mai Carmen y algo de Carmen, lo amaba con el espíritu. Era una mujer con el hombre predestinado, pero con el amor repartido entre dos mundos contrapuestos.

Los jueves, la mai Carmen y algo de Carmen la Roja, o la médium, convocaba a los espíritus de la mano de Oxalá, suspendida en la frontera de los universos que soñaba armonizar; una armonía de la que también dependía su propio destino de mujer.

Hasta que un día la mai fue feliz porque el hombre de sus dos reencarnaciones accedió a su llamado. Fue una noche de amor de la carne y del espíritu, de armonía y síntesis dialéctica y, como dijo alguien que conoció muy bien a Engels, fue el comienzo de la verdadera historia de la humanidad y sus fantasmas.





DE ALICIA A BRUNO

Prólogo y un capítulo del último de los relatos fantásticos del escritor inglés

La inmersión de Lewis Carroll en el mundo de la fantasía y de la fijación de recuerdos de la infancia pudo estar determinada por la moral de la sociedad victoriana, unida al peso de la vocación religiosa y quizá también al influjo de la imagen del padre en el autor. A diferencia de los dos cuentos protagonizados por Alicia, el último de sus tres grandes relatos fantásticos, "Silvia y Bruno" —una nueva versión ilustrada del cual aparecerá en la editorial Anaya de Madrid—, opta por hacer compatible el mundo de la realidad con el de la fantasía e incorpora al universo carrolliano la figura de un protagonista infantil masculino representado por el duendecillo Bruno. En esta página incluimos un fragmento del prólogo del autor y extracto de "El hada Silvia", un capítulo de la primera parte que fue originariamente el embrión a partir del cual se gestó la novela.

Quizá lo más difícil de toda literatura —al menos yo así lo considero, pues no puedo lograrlo mediante un esfuerzo de la voluntad, sino que debo tomarlo como viene— sea escribir algo "original". Y tal vez lo más fácil sea, cuando se ha conseguido trazar una línea original, seguir adelante y escribir muchas cosas más en el mismo tono. No sé si Alicia en el país de las maravillas *era una narración "original" —yo, por lo menos, no imité "conscientemente" a nadie al escribirla—; pero sé que, desde que se publicó, han aparecido algo así como una docena de libros que siguen idénticamente el mismo patrón. El sendero que tímidamente exploté —creyendo ser el primero que irrumpió en ese silencioso mar— es ahora una transitada carretera: hace tiempo que todas las flores de la cuneta han sido pisoteadas y cubiertas de polvo; y, si yo intentara cultivar de nuevo ese estilo, estaría cortejando al desastre.*

De ahí que, en Silvia y Bruno, *me haya esforzado —ignoro con qué fortuna— en lanzarme por otro nuevo sendero: bueno o malo, es lo mejor que soy capaz de hacer. No lo he escrito por dinero ni por fama, sino con la esperanza de proporcionar a las criaturas que amo algunas ideas que sean adecuadas a esas horas de inocente alegría que constituyen la verdadera vida de la niñez; y también con la esperanza de sugerirles, a unos y a otros, algunas reflexiones que puedan mostrarse, así lo deseo, no totalmente en discordancia con las más profundas cadencias de la vida.*

La pregunta es: ¿cuál es la mejor ocasión para ver a las Hadas? Creo que puedo decírtelo todo sobre este asunto.

La primera regla es que debe tratarse de un día muy caluroso —eso, tenemos que darlo por sentado— y que podáis mantener los ojos abiertos, recordadlo bien. Bueno, además tenéis que sentiros un poquitín..., yo diría "hechizados"; algunas gentes dirían en estado "feérico", y tal vez sea una palabra más bonita; si no sabéis lo que significa, me temo que difícilmente pueda explicarlo: debéis esperar a encontraros con un Hada, y entonces lo sabréis. Y la última regla es que los grillos no deben estar cantando. No puedo detenerme a explicarlo: por ahora tendréis que fiaros de lo que digo. De manera que, si todas esas cosas suceden juntas, tendréis una buena oportunidad de ver un Hada..., o al menos, una oportunidad más favorable que si no sucedieran.

Lo primero que observé, mientras caminaba perezosamente por un claro del bosque, fue un gran Escarabajo que se agitaba panza arriba; y me hinqué sobre una rodilla para ayudar al pobre bicho a ponerse de nuevo sobre sus patas. En algunos casos, ya se sabe, no se puede estar completamente seguro de lo que le gustaría a un insecto: por ejemplo, nunca afirmaría tajantemente, suponiendo que yo fuera una polilla, si preferiría que me apartasen de la vela o que me permitieran volar directamente hacia la llama y quemarme; o bien, suponiendo que fuese una araña, no estoy seguro de que me agradara totalmente que rompiesen mi tela y dejaran escapar a la mosca. Sin embargo, tengo la certeza de que, si yo fuese un escarabajo y hubiera caído de espaldas, siempre me alegraría que me ayudaran a ponerme de pie.

Así que, como estaba diciendo, me había hincado sobre una rodilla y estaba buscando un palito para darle la vuelta al Escarabajo cuando tuve una visión que me hizo retroceder apresuradamente y contener la respiración, por temor a hacer algún ruido y ahuyentar a la pequeña criatura.

Y no es que diera la impresión de asustarse fácilmente: parecía tan buena y amable, que estoy seguro de que nunca había supuesto que alguien deseara hacerle daño. Tenía sólo unas pocas pulgadas de altura e iba vestida de verde, de modo que resultaba sumamente difícil advertir su presencia entre las altas hierbas; y era tan delicada y graciosa que parecía formar parte del paisaje, casi como si fuera una de las flores. Puedo deciros, además, que no tenía alas (no creo en las Hadas con alas) y que poseía una larga melena de cabellos castaños y unos grandes y atentos ojos pardos, y así habré dicho todo lo que me es posible para daros una idea de cómo era.

Silvia (descubrí su nombre más tarde) se había arrodillado, como yo, para ayudar al Escarabajo; pero necesitaba algo más que un



DE ALICIA A BRUNO

Prólogo y un capítulo del último de los relatos fantásticos del escritor inglés

La inmersión de Lewis Carroll en el mundo de la fantasía y de la fijación de recuerdos de la infancia pudo estar determinada por la moral de la sociedad victoriana, unida al peso de la vocación religiosa y quizá también al influjo de la imagen del padre en el autor. A diferencia de los dos cuentos protagonizados por Alicia, el último de sus tres grandes relatos fantásticos, ''Silvia y Bruno'' —una nueva versión ilustrada del cual aparecerá en la editorial Anaya de Madrid—, opta por hacer compatible el mundo de la realidad con el de la fantasía e incorpora al universo carrolliano la figura de un protagonista infantil masculino representado por el duendecillo Bruno. En esta página incluimos un fragmento del prólogo del autor y extracto de ''El hada Silvia'', un capítulo de la primera parte que fue originariamente el embrión a partir del cual se gestó la novela.

Quizá lo más difícil de toda literatura —al menos yo así lo considero, pues no puedo lograrlo mediante un esfuerzo de la voluntad, sino que debo tomarlo como viene— sea escribir algo ''original''. Y tal vez lo más fácil sea, cuando se ha conseguido trazar una línea original, seguir adelante y escribir muchas cosas más en el mismo tono. No sé si Alicia en el país de las maravillas *era una narración ''original'' —yo, por lo menos, no imité ''conscientemente'' a nadie al escribirla—; pero sé que, desde que se publicó, han aparecido algo así como una docena de libros que siguen idénticamente el mismo patrón. El sendero que tímidamente exploté —creyendo ser el primero que irrumpió en ese silencioso mar— es ahora una transitada carretera: hace tiempo que todas las flores de la cuneta han sido pisoteadas y cubiertas de polvo; y, si yo intentara cultivar de nuevo ese estilo, estaría cortejando al desastre.*

De ahí que, en Silvia y Bruno, *me haya esforzado —ignoro con qué fortuna— en lanzarme por otro nuevo sendero: bueno o malo, es lo mejor que soy capaz de hacer. No lo he escrito por dinero ni por fama, sino con la esperanza de proporcionar a las criaturas que amo algunas ideas que sean adecuadas a esas horas de inocente alegría que constituyen la verdadera vida de la niñez; y también con la esperanza de sugerirles, a unos y a otros, algunas reflexiones que puedan mostrarse, así lo deseo, no totalmente en discordancia con las más profundas cadencias de la vida.*

La pregunta es: ¿cuál es la mejor ocasión para ver a las Hadas? Creo que puedo decírtelo todo sobre este asunto.

La primera regla es que debe tratarse de un día muy caluroso —eso, tenemos que darlo por sentado— y que podáis mantener los ojos abiertos, recordadlo bien. Bueno, además tenéis que sentiros un poquitín..., yo diría ''hechizados''; algunas gentes dirían en estado ''feérico'', y tal vez sea una palabra más bonita; si no sabéis lo que significa, me temo que difícilmente pueda explicarlo: debéis esperar a encontraros con un Hada, y entonces lo sabréis. Y la última regla es que los grillos no deben estar cantando. No puedo detenerme a explicarlo: por ahora tendréis que fiaros de lo que digo. De manera que, si todas esas cosas suceden juntas, tendréis una buena oportunidad de ver un Hada..., o al menos, una oportunidad más favorable que si no sucedieran.

Lo primero que observé, mientras caminaba perezosamente por un claro del bosque, fue un gran Escarabajo que se agitaba panza arriba; y me hinqué sobre una rodilla para ayudar al pobre bicho a ponerse de nuevo sobre sus patas. En algunos casos, ya se sabe, no se puede estar completamente seguro de lo que le gustaría a un insecto: por ejemplo, nunca afirmaría tajantemente, suponiendo que yo fuera una polilla, si preferiría que me apartasen de la vela o que me permitieran volar directamente hacia la llama y quemarme; o bien, suponiendo que fuese una araña, no estoy seguro de que me agradara totalmente que rompiesen mi tela y dejaran escapar a la mosca. Sin embargo, tengo la certeza de que, si yo fuese un escarabajo y hubiera caído de espaldas, siempre me alegraría que me ayudaran a ponerme de pie.

Así que, como estaba diciendo, me había hincado sobre una rodilla y estaba buscando un palito para darle la vuelta al Escarabajo cuando tuve una visión que me hizo retroceder apresuradamente y contener la respiración, por temor a hacer algún ruido y ahuyentar a la pequeña criatura.

Y no es que diera la impresión de asustarse fácilmente: parecía tan buena y amable, que estoy seguro de que nunca había supuesto que alguien deseara hacerle daño. Tenía sólo unas pocas pulgadas de altura e iba vestida de verde, de modo que resultaba sumamente difícil advertir su presencia entre las altas hierbas; y era tan delicada y graciosa que parecía formar parte del paisaje, casi como si fuera una de las flores. Puedo deciros, además, que no tenía alas (no creo en las Hadas con alas) y que poseía una larga melena de cabellos castaños y unos grandes y atentos ojos pardos, y así habré dicho todo lo que me es posible para daros una idea de cómo era.

Silvia (descubrí su nombre más tarde) se había arrodillado, como yo, para ayudar al Escarabajo; pero necesitaba algo más que un palito para ponerlo nuevamente en pie; así que tuvo que utilizar ambas manos para dar la vuelta al pesado bicho; y, mientras tanto, le hablaba, medio regañándolo y medio consolándolo, como podría hacerlo una niñera con un niño que se hubiera caído.

—¡Vaya, vaya! No llores tanto. Aún no estás muerto..., que, si lo estuvieras, no podrías llorar, ya lo sabes, y ésa es una regla general para dejar de llorar, querido mío. ¿Y cómo te caíste patas arriba? Pero ya veo bastante bien cómo fue, no necesito preguntártelo: andando por encima de hoyos de arena con la barbilla levantada, como de costumbre. Desde luego que, si vas así por entre los hoyos, tienes que caerte a la fuerza. Deberías tener cuidado.

El Escarabajo murmuró algo que sonó así como ''lo tuve''.

Y Silvia prosiguió:

—¡Sé que no lo tuviste! ¡Nunca lo tienes! siempre andas con la barbilla levantada: eres tan espantosamente presumido... Bien, veamos cuántas patas se te han roto esta vez. ¡Caramba, ninguna te lo aseguro! ¿Y para qué te sirve esa ventaja de tener seis patas, si sólo puedes agitarlas en el aire cuando te caes? Las patas sirven para caminar con ellas, ¿sabes? Y no empieces todavía a sacar las alas: tengo más cosas que decirte. Ve a donde la rana que vive detrás de ese ranúnculo y le das saludos de mi parte... Saludos de Silvia... ¿Sabes decir ''saludos''?

El Escarabajo lo intentó y, supongo, triunfó en su intento.

—Sí, está bien. Y dile que te dé un poco de aquel ungüento que le dejé ayer. Y no estaría mal que te diese unas friegas. Tiene las manos bastante frías, pero no debes preocuparte por eso.

Creo que el Escarabajo debió de estremecerse, pues Silvia continuó en tono más serio:

—Y ahora no pretendas ser tan especial como dices; ni que fueras demasiado importante para que una rana te diese friegas. Lo cierto es que deberías estarle muy agradecido. Si no pudieras encontrar más que a un sapo para que te las diera, ¿te gustaría eso?

Hubo una corta pausa, y luego añadió Silvia:

—Ahora puedes irte. Sé un buen escarabajo y no vayas con la barbilla levantada.

Y entonces comenzó uno de esos espectáculos de zumbidos y murmullos y de incansables topetazos a los que gustan de entregarse los escarabajos cuando se han decidido a volar, pero no han resuelto aún con claridad qué dirección seguir. Al fin, en uno de sus torpes zigzags, se las arregló para volar recto hacia mi cara, y cuando me recobré del susto, la pequeña Hada ya se había ido.

Miré en todas las direcciones, buscando a la diminuta criatura; pero no había rastro de ella. Mi sensación ''feérica'' se había borrado por completo, y los grillos cantaban otra vez alegremente, así que supe que realmente se había marchado.

Seguí caminando con bastante tristeza, podéis estar seguros. Sin embargo, me consolaba pensando: ''Ha sido, con mucho, una tarde maravillosa. Seguiré paseando tranquilamente y miraré a mi alrededor, y no me extrañaría si en cualquier parte volviera a cruzarme con otra Hada''.

Escudriñando de ese modo, resultó que descubrí una planta con hojas redondas y con unos extraños agujeritos en medio de algunas de ellas. ''¡Ah, los mordiscos de las abejas!'', observé descuidadamente (ya sabéis que soy muy docto en Historia Natural: por ejemplo, siempre puedo distinguir a primera vista a los gatitos de los pollitos), e iba a pasar de largo cuando una idea me hizo detenerme y examinar las hojas.

Entonces recorrió mi cuerpo un leve escalofrío de placer, pues observé que los agujeros estaban dispuestos como para formar letras; había tres hojas seguidas con la ''B'', la ''R'' y la ''U'' marcadas con ellas; y, después de buscar un poco, encontré dos más, que tenían una ''N'' y una ''O''.

Para entonces, la sensación ''feérica'' había vuelto a mí, y de pronto advertí que los grillos no estaban cantando, de manera que tuve la completa seguridad de que ''Bruno'' se hallaba en algún lugar muy cercano.

Y así era, naturalmente: se hallaba tan cerca que estuve a punto de pisarlo sin darme cuenta, lo cual hubiera sido terrible, suponiendo, claro está, que los Duendes puedan ser pisados. Mi opinión es que tienen algo de la naturaleza de los Fuegos Fatuos y que no se les puede pisar.

Pensad en algún hermoso niñito que conozcáis, con mejillas sonrosadas, grandes ojos oscuros y rizado cabello castaño, y luego imaginadlo lo suficientemente pequeño como para caber confortablemente en una taza de café, y os haréis una buena idea de él.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —empecé con una voz tan suave como pude.

Y, dicho sea de paso, ¿por qué empezamos siempre preguntándoles su nombre a los niños? ¿Será porque nos imaginamos que un nombre les ayudará a ser un poco mayores? Nunca se os ocurre preguntarle su nombre a una persona mayor, ¿verdad? Sin embargo, sentí que tenía absoluta necesidad de conocer su nombre; así que, como no había respondido a mi pregunta, la formulé de nuevo en voz un poco más alta.

—¿Cómo te llamas, hombrecito?

Al cabo de unos pocos minutos, lo intenté de nuevo:

—Por favor, dime tu nombre.

—Bruno —respondió inmediatamente—. ¿Por qué no dijo usté antes ''por favor''?

''Eso es algo que solían enseñarnos en la escuela de párvulos'', pensé, retrocediendo mentalmente muchos años (unos cien, ya que me lo preguntáis) hasta la época en que yo era un niño pequeño. Y en ese momento me vino una idea, y le pregunté:

—¿No serás tú uno de esos Duendes que enseñan a los niños a ser buenos?

—Bien, a veces tenemos que hacerlo —dijo Bruno—, y es una lata espantosa.

Mientras decía eso, rompió salvajemente en dos pedazos un pensamiento y pisoteó los trozos.

—¿Qué haces, Bruno? —dije.

—Estropeando el jardín de Silvia —fue toda la respuesta que Bruno me dio al principio; pero mientras continuaba rompiendo las flores, murmuró para sus adentros—: Esa antipática..., no me dejaba ir esta mañana a jugar... decía que primero tenía que acabar mis lecciones... ¡Voy a fastidiarla bien, ya lo creo!

—¡Bueno, no te preocupes, hombrecito! —dije—. ¿Puedo ayudarte en tu trabajo?

—Sí, por favor —dijo Bruno, completamente tranquilizado—. Pero desearía que se me ocurriera algo para fastidiarla más que con esto. ¡No sabe usté lo difícil que es ponerle enfadada!!

—Pues escúchame, Bruno, y te enseñaré una forma espléndida de represalia.

—¿Algo que la fastidie bien? —preguntó con ojos centellantes.

—Algo que la fastidiará bien. Primero, arrancaremos todas las malas hierbas del jardín. Mira, hay muchas en este rincón..., escondidas detrás de las flores.

—¡Pero ''eso'' no la fastidiará!

—Después de eso —dije, sin hacer caso de su observación—, regaremos ese macizo más alto, aquí arriba. Como ves, se está poniendo seco y polvoriento.

Bruno me miró inquisitivamente, pero esta vez no dijo nada.

—Luego, después de eso —continué—, hay que barrer un poquito los senderos; y creo que podrías cortar esa gran ortiga: está cerca del jardín y estorba.

—¿Qué está diciendo usté? —me interrumpió Bruno con impaciencia—. ¡Todo eso no va a fastidiarla ni una pizca!

—¿No? —dije, inocentemente—. Luego, después de eso, imagínate que colocamos algunos de esos guijarros de colores..., para marcar las divisiones entre las diferentes clases de flores, ¿sabes? Producirá un efecto muy bonito.

Bruno se volvió y me echó una larga mirada. Al fin, hubo en sus ojos un extraño destello, y dijo con un tono de voz nuevo:

—Eso quedará bonito. Vamos a ponerlas en filas: toda las rojas juntas y todas las azules juntas.

—Quedará magnífico —dije—; y después... ¿Qué clase de flores le gusta más a Silvia?

Bruno se metió el dedo pulgar en la boca y reflexionó un poco antes de responder.

—Violetas —dijo, al fin.

—Hay un hermoso macizo de violetas junto al arroyo...

—¡Oh, vamos a cogerlas! —gritó Bruno, dando un saltito en el aire—. Cójase de mi mano, y le ayudaré a pasar. La hierba es bastante pesada en este sitio.

No pude dejar de reír al comprobar que había olvidado enteramente que estaba hablando con una persona mayor.

—No, todavía no, Bruno —dije—; debemos pensar qué conviene hacer primero. Como ves tenemos un gran problema.

—Sí, vamos a pensarlo —dijo Bruno, metiéndose otra vez el pulgar en la boca y sentándose sobre un ratón muerto.

—¿Para qué tienes ese ratón? —dije—. Deberías enterrarlo o bien tirarlo al arroyo.

—Pero si es para medir con él —exclamó Bruno—. ¿Cómo mediría usté un jardín sin un ratón? Hacemos cada macizo de tres ratones y medio de largo por dos ratones de ancho.

Lo detuve cuando empezaba a arrastrarlo por la cola para mostrarme cómo utilizarlo, pues casi temía que la sensación ''feérica'' se desvaneciera antes de que hubiésemos terminado de hacer el jardín, y en ese caso no volvería jamás a verlos, ni a él ni a Silvia.

—Creo que lo mejor será que ''tú'' arranques las malas hierbas del macizo mientras ''yo'' escojo algunas de esas piedras para señalar con ellas los senderos.

Pero Bruno se limitó a cruzarse de brazos, y dijo:

—Veo un brillo pequeño en uno de sus ojos..., como en la luna.

—¿Por qué piensas que soy como la luna, Bruno? —pregunté.

—Su cara es ancha y redonda como la luna —respondió Bruno, mirándome pensativamente—. No brilla con tanta luz, pero es más limpia.

No pude dejar de sonreír.

—A veces me lavo la cara, Bruno. Y la luna no se lava.

—¿Que no se lava? —gritó Bruno; y acercándose, añadió con un solemne susurro—: La cara de la luna se pone más sucia y más sucia cada noche, hasta que se pone negra del todo. Y entonces, cuando está toda sucia..., así... —mientras hablba, se pasó las manos por las rosadas mejillas—, entonces se la lava.

—Y entonces se queda toda limpia otra vez, ¿no?

—Toda de golpe, no —dijo Bruno—. ¡Cuántas cosas hay que enseñarle a usté! Se la lava poco a poco... y empieza por el otro lado, ¿sabe usté?

En ese momento, Bruno estaba tranquilamente sentado sobre el ratón muerto, con los brazos cruzados, y el trabajo de arrancar las malas hierbas no avanzaba ni pizca; así que tuve que decir:

—El trabajo, primero; la diversión, después. No hay más charla hasta que ese macizo esté terminado.

palito para ponerlo nuevamente en pie; así que tuvo que utilizar ambas manos para dar la vuelta al pesado bicho; y, mientras tanto, le hablaba, medio regañándolo y medio consolándolo, como podría hacerlo una niñera con un niño que se hubiera caído.

—¡Vaya, vaya! No llores tanto. Aún no estás muerto..., que, si lo estuvieras, no podrías llorar, ya lo sabes, y ésa es una regla general para dejar de llorar, querido mío. ¿Y cómo te caíste patas arriba? Pero ya veo bastante bien cómo fue, no necesito preguntártelo: andando por encima de hoyos de arena con la barbilla levantada, como de costumbre. Desde luego que, si vas así por entre los hoyos, tienes que caerte a la fuerza. Deberías tener cuidado.

El Escarabajo murmuró algo que sonó así como "lo tuve".

Y Silvia prosiguió:

—¡Sé que no lo tuviste! ¡Nunca lo tienes! siempre andas con la barbilla levantada: eres tan espantosamente presumido... Bien, veamos cuántas patas se te han roto esta vez. ¡Caramba, ninguna te lo aseguro! ¿Y para qué te sirve esa ventaja de tener seis patas, si sólo puedes agitarlas en el aire cuando te caes? Las patas sirven para caminar con ellas, ¿sabes? Y no empieces todavía a sacar las alas: tengo más cosas que decirte. Ve a donde de la rana que vive detrás de ese ranúnculo y le das saludos de mi parte... Saludos de Silvia... ¿Sabes decir "saludos"?

El Escarabajo lo intentó y, supongo, triunfó en su intento.

—Sí, está bien. Y dile que te dé un poco de aquel ungüento que le dejé ayer. Y no estaría mal que te diese unas friegas. Tiene las manos bastante frías, pero no debes preocuparte por eso.

Creo que el Escarabajo debió de estremecerse, pues Silvia continuó en tono más serio:

—Y ahora no pretendas ser tan especial como dices; ni que fueras demasiado importante para que una rana te diese friegas. Lo cierto es que deberías estarle muy agradecido. Si no pudieras encontrar más que a un sapo para que te las diera, ¿te gustaría eso?

Hubo una corta pausa, y luego añadió Silvia:

—Ahora puedes irte. Sé un buen escarabajo y no vayas con la barbilla levantada.

Y entonces comenzó uno de esos espectáculos de zumbidos y murmullos y de incansables topetazos a los que gustan de entregarse los escarabajos cuando se han decidido a volar, pero no han resuelto aún con claridad qué dirección seguir. Al fin, en uno de sus torpes zigzags, se las arregló para volar recto hacia mi cara, y cuando me recobré del susto, la pequeña Hada ya se había ido.

Miré en todas las direcciones, buscando a la diminuta criatura; pero no había rastro de ella. Mi sensación "feérica" se había borrado por completo, y los grillos cantaban otra vez alegremente, así que supe que realmente se había marchado.

Seguí caminando con bastante tristeza, podéis estar seguros. Sin embargo, me consolaba pensando: "Ha sido, con mucho, una tarde maravillosa. Seguiré paseando tranquilamente y miraré a mi alrededor, y no me extrañaría si en cualquier parte volviera a cruzarme con otra Hada".

Escudriñando de ese modo, resultó que descubrí una planta con hojas redondas y con unos extraños agujeritos en medio de algunas de ellas. "¡Ah, los mordiscos de las abejas!", observé descuidadamente (ya sabéis que soy muy docto en Historia Natural: por ejemplo, siempre puedo distinguir a primera vista a los gatitos de los pollitos), e iba a pasar de largo cuando una idea me hizo detenerme y examinar las hojas.

Entonces recorrió mi cuerpo un leve escalofrío de placer, pues observé que los agujeros estaban dispuestos como para formar letras; había tres hojas seguidas con la "B", la "R" y la "U" marcadas con ellas; y, después de buscar un poco, encontré dos más, que tenían una "N" y una "O".

Para entonces, la sensación "feérica" había vuelto a mí, y de pronto advertí que los grillos no estaban cantando, de manera que tuve la completa seguridad de que "Bruno" se hallaba en algún lugar muy cercano.

Y así era, naturalmente: se hallaba tan cerca que estuve a punto de pisarlo sin darme cuenta, lo cual hubiera sido terrible, suponiendo, claro está, que los Duendes puedan ser pisados. Mi opinión es que tienen algo de la naturaleza de los Fuegos Fatuos y que no se les puede pisar.

Pensad en algún hermoso niñito que conozcáis, con mejillas sonrosadas, grandes ojos oscuros y rizado cabello castaño, y luego imaginadlo lo suficientemente pequeño como para caber confortablemente en una taza de café, y os haréis una buena idea de él.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —empecé con una voz tan suave como pude.

Y, dicho sea de paso, ¿por qué empezamos siempre preguntándoles su nombre a los niños? ¿Será porque nos imaginamos que un nombre les ayudará a ser un poco mayores? Nunca se os ocurre preguntarle su nombre a una persona mayor, ¿verdad? Sin embargo, sentí que tenía absoluta necesidad de conocer su nombre; así que, como no había respondido a mi pregunta, la formulé de nuevo en voz un poco más alta.

—¿Cómo te llamas, hombrecito?

Al cabo de unos pocos minutos, lo intenté de nuevo:

—Por favor, dime tu nombre.

—Bruno —respondió inmediatamente—. ¿Por qué no dijo usté antes "por favor"?

"Eso es algo que solían enseñarnos en la escuela de párvulos", pensé, retrocediendo mentalmente muchos años (unos cien, ya que me lo preguntáis) hasta la época en que yo era un niño pequeño. Y en ese momento me vino una idea, y le pregunté:

—¿No serás tú uno de esos Duendes que enseñan a los niños a ser buenos?

—Bien, a veces tenemos que hacerlo —dijo Bruno—, y es una lata espantosa.

Mientras decía eso, rompió salvajemente en dos pedazos un pensamiento y pisoteó los trozos.

—¿Qué haces, Bruno? —dije.

—Estropeando el jardín de Silvia —fue toda la respuesta que Bruno me dio al principio; pero mientras continuaba rompiendo las flores, murmuró para sus adentros—: Esa antipática..., no me dejaba ir esta mañana a jugar... decía que primero tenía que acabar mis lecciones... ¡Voy a fastidiarla bien, ya lo creo!

—¡Bueno, no te preocupes, hombrecito! —dije—. ¿Puedo ayudarte en tu trabajo?

—Sí, por favor —dijo Bruno, completamente tranquilizado—. Pero desearía que se me ocurriera algo para fastidiarla más que con esto. ¡No sabe usté lo difícil que es ponerle enfadada!!

—Pues escúchame, Bruno, y te enseñaré una forma espléndida de represalia.

—¿Algo que la fastidie bien? —preguntó con ojos centellantes.

—Algo que la fastidiará bien. Primero, arrancaremos todas las malas hierbas del jardín. Mira, hay muchas en este rincón..., escondidas detrás de las flores.

—¡Pero "eso" no la fastidiará!

—Después de eso —dije, sin hacer caso de su observación—, regaremos ese macizo más alto, aquí arriba. Como ves, se está poniendo seco y polvoriento.

Bruno me miró inquisitivamente, pero esta vez no dijo nada.

—Luego, después de eso —continué—, hay que barrer un poquito los senderos; y creo que podrías cortar esa gran ortiga: está cerca del jardín y estorba.

—¿Qué está diciendo usté? —me interrumpió Bruno con impaciencia—. ¡Todo eso no va a fastidiarla ni una pizca!

—¿No? —dije, inocentemente—. Luego, después de eso, imagínate que colocamos algunos de esos guijarros de colores..., para marcar las divisiones entre las diferentes clases de flores, ¿sabes? Producirá un efecto muy bonito.

Bruno se volvió y me echó una larga mirada. Al fin, hubo en sus ojos un extraño destello, y dijo con un tono de voz nuevo:

—Eso quedará bonito. Vamos a ponerlas en filas: toda las rojas juntas y todas las azules juntas.

—Quedará magnífico —dije—; y después... ¿Qué clase de flores le gusta más a Silvia?

Bruno se metió el dedo pulgar en la boca y reflexionó un poco antes de responder.

—Violetas —dijo, al fin.

—Hay un hermoso macizo de violetas junto al arroyo...

—¡Oh, vamos a cogerlas! —gritó Bruno, dando un saltito en el aire—. Cójase de mi mano, y le ayudaré a pasar. La hierba es bastante pesada en este sitio.

No pude dejar de reír al comprobar que había olvidado enteramente que estaba hablando con una persona mayor.

—No, todavía no, Bruno —dije—; debemos pensar qué conviene hacer primero. Como ves tenemos un gran problema.

—Sí, vamos a pensarlo —dijo Bruno, metiéndose otra vez el pulgar en la boca y sentándose sobre un ratón muerto.

—¿Para qué tienes ese ratón? —dije—. Deberías enterrarlo o bien tirarlo al arroyo.

—Pero si es para medir con él —exclamó Bruno—. ¿Cómo mediría usté un jardín sin un ratón? Hacemos cada macizo de tres ratones y medio de largo por dos ratones de ancho.

Lo detuve cuando empezaba a arrastrarlo por la cola para mostrarme cómo utilizarlo, pues casi temía que la sensación "feérica" se desvaneciera antes de que hubiésemos terminado de hacer el jardín, y en ese caso no volvería jamás a verlos, ni a él ni a Silvia.

—Creo que lo mejor será que "tú" arranques las malas hierbas del macizo mientras "yo" escojo algunas de esas piedras para señalar con ellas los senderos.

Pero Bruno se limitó a cruzarse de brazos, y dijo:

—Veo un brillo pequeño en uno de sus ojos..., como en la luna.

—¿Por qué piensas que soy como la luna, Bruno? —pregunté.

—Su cara es ancha y redonda como la luna —respondió Bruno, mirándome pensativamente—. No brilla con tanta luz, pero es más limpia.

No pude dejar de sonreír.

—A veces me lavo la cara, Bruno. Y la luna no se lava.

—¿Que no se lava? —gritó Bruno; y acercándose, añadió con un solemne susurro—: La cara de la luna se pone más sucia y más sucia cada noche, hasta que se pone negra del todo. Y entonces, cuando está toda sucia..., así... —mientras hablba, se pasó las manos por las rosadas mejillas—, entonces se la lava.

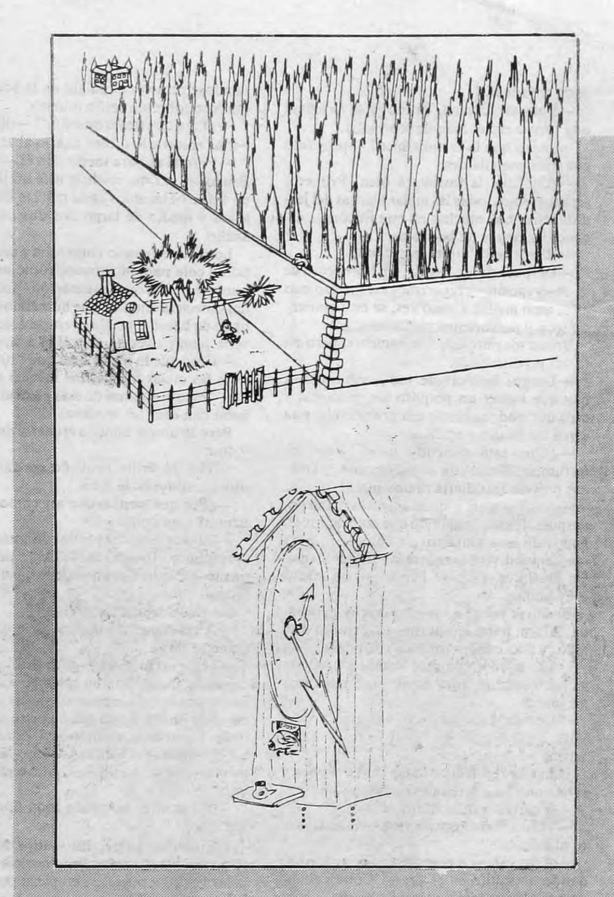
—Y entonces se queda toda limpia otra vez, ¿no?

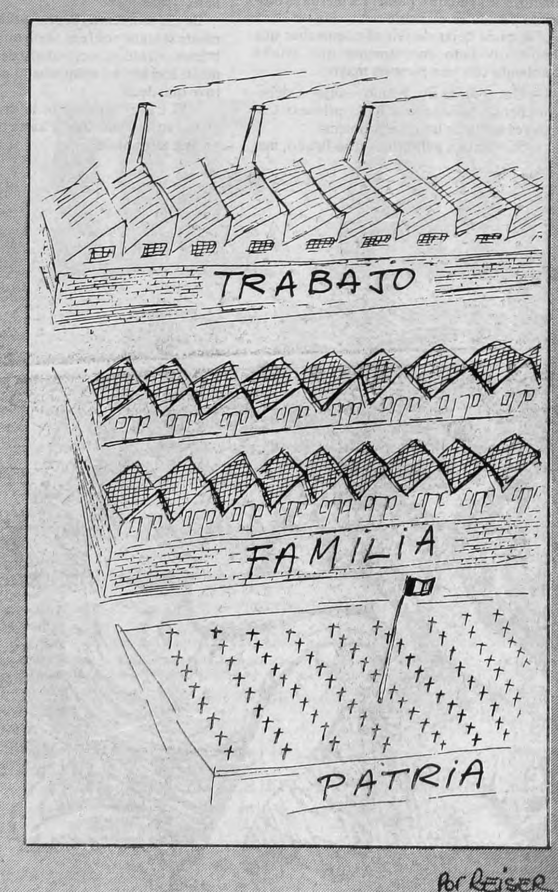
—Toda de golpe, no —dijo Bruno—. ¡Cuántas cosas hay que enseñarle a usté! Se la lava poco a poco... y empieza por el otro lado, ¿sabe usté?

En ese momento, Bruno estaba tranquilamente sentado sobre el ratón muerto, con los brazos cruzados, y el trabajo de arrancar las malas hierbas no avanzaba ni pizca; así que tuve que decir:

—El trabajo, primero; la diversión, después. No hay más charla hasta que ese macizo esté terminado.







EL ENIGMA CINEMATOGRAFICO

		FILM					EL					AÑO				
		"Desierto rojo"	"El gatopardo"	"La condesa"	"Salomón y ..."	"Ulises"	Brando, M.	Brynner, Y.	Douglas, K.	Harris, R.	Lancaster, B.	1954	1959	1962	1964	1966
ELLA	Cardinale, C.															
	Lollobrigida, G.															
	Loren, S.															
	Mangano, S.															
	Vitti, M.															
AÑO	1954															
	1959															
	1962															
	1964															
	1966															
EL	Brando, M.															
	Brynner, Y.															
	Douglas, K.															
	Harris, R.															
	Lancaster, B.															

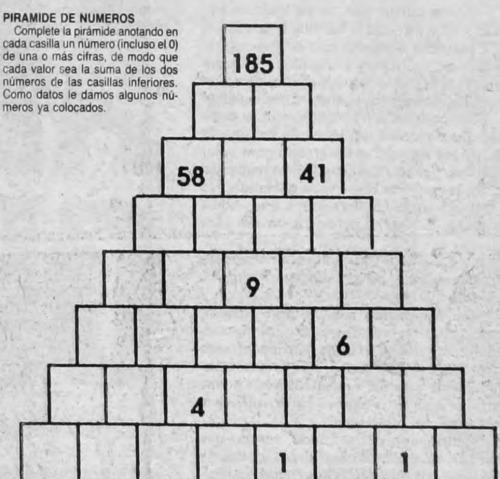
Acceda al apasionante mundo del cine deduciendo qué actriz trabajó en cada film, cuál fue su compañero de elenco y en qué año se rodó cada película.

1. Cinco años después de la filmación de la película protagonizada por Silvana Mangano y Kirk Douglas, se rodó "Salomón y la reina de Saba", con Gina Lollobrigida.
2. Claudia Cardinale protagonizó "El gatopardo", dos años antes de que se filmara "Desierto rojo".
3. Sofía Loren fue "La condesa de Hong Kong" dos años después de que se filmara la película donde actúa Mónica Vitti.
4. El film en el que actúa Yul Brynner es el de 1959.
5. Burt Lancaster filmó dos años antes que Monica Vitti.
6. Sofía Loren no fue acompañada por Richard Harris.

INGENIO

PIRAMIDE DE NUMEROS

Complete la pirámide anotando en cada casilla un número (incluso el 0) de una o más cifras, de modo que cada valor sea la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos le damos algunos números ya colocados.



SOLUCION

Cardinale C., "El gatopardo", Lancaster B., 1962.
Lollobrigida G., "Salomón y la reina de Saba", Brynner Y., 1959.
Loren S., "La condesa de Hong Kong", Brando M., 1966.
Mangano S., "Ulises", Douglas K., 1954.
Vitti M., "Desierto rojo", Harris R., 1964.

SOLUCION:
185/101-84/58-43-41/34-24-19-22/19-15-9-10-12/9-10-5-4-6-6/3-6-4-1-3-3-3/1-2-4-0-1-2-1-2.